

LENGUAJE Y CONSTRUCCION EN EL ESTUDIO DE LA POLITICA(*)

Por BJÖRN HAMMAR

«Todo signo parece *por sí solo* muerto.
¿Qué es lo que le da vida? —*Vive en el*
uso. ¿Contiene ahí el hálito vital?—
¿O es el *uso* su hálito?»

LUDWIG WITTGENSTEIN: *Investigaciones filosóficas*

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—I. SIGNOS Y CREACIÓN DISCURSIVA.—II. RETÓRICA, INTERPRETACIÓN E INTERTEXTUALIDAD.—III. DISCIPLINAS, CIENCIA Y CONTINGENCIA.—IV. ESCRIBIR LA HISTORIA COMO AUSENCIAS Y PRESENCIAS POLÍTICAS.—V. *TOPOS* DE SABER Y DE PODER.—VI. LA POLÍTICA ESTUDIADA COMO *ACTIVIDADES ONTOLÓGICAS*.—CONCLUSIÓN.

INTRODUCCION

Con este artículo pretendo hacer unas reflexiones sobre la realidad política y social como discurso. Con el objetivo de justificar tal campo de investigación sólo hemos de recordar que es inevitable tratar con corpus de lenguaje cuando se realiza un trabajo científico, porque se refiere, una y otra vez, a aquéllos y el mismo lenguaje constituye una parte inherente en el resultado de la actividad investigadora. Argumentaré que esto plantea varios problemas relacionados con la epistemología y la ontología, que obligan a inquirir en unas concepciones del discurso, del saber y de sus capacidades creativas y *re-creativas*. Tales inquietudes me llevan a considerar unas cuestiones sobre cómo funciona el lenguaje. A este respecto propondré una

(*) La versión original de este artículo se terminó en el verano de 1995.

perspectiva que denominaré *constructivista*, y luego veré qué consecuencias tiene ésta para las ciencias sociales en general y para el estudio de la política en particular.

Inicialmente partiré de que hay dos modos distintos de concebir el lenguaje; uno esencialista que lo concibe como un fiel reflejo de un mundo independiente de él, y otro que lo entiende como una actividad que constantemente define el mundo del cual habla, subrayando que éste está inexorablemente entrelazado con las descripciones que se de él se *hacen*. A partir de ahí, se pretende realizar una discusión y sacar algunas conclusiones sobre cómo estos asuntos repercuten en los campos de investigación que aquí me conciernen. Este estudio supone, entre otras cosas, introducir aspectos no abarcados por un racionalismo de actores e intereses irreducibles, ni por una visión empirista —que en realidad es la otra cara de la misma moneda esencialista— que contempla un mundo político dado mediado por un lenguaje transparente, y sin importancia en sí puesto que éste se limitaría a constituir un reflejo inmanente de la realidad.

Es importante advertir que este artículo no pretende referirse a ninguna esfera meramente teórica, conceptual, filosófica, ontológica o simbólica, supuestamente separada de los problemas «diarios» de la política y de la vida, sino que procura, precisamente, sostener que estas dimensiones son *inherentes* tanto a la política como a su estudio. Pienso que cabe insistir en la importancia de este tipo de problemas en el estudio de la política, pues frecuentemente en las ciencias sociales son olvidados, malentendidos o descartados sin más. Y esto a pesar de que existen debates, unos recientes y otros bastante antiguos, sobre estas cuestiones. Pretender una exposición exhaustiva de tales asuntos sería muy difícil, por no decir presuntuoso, además de exigir un espacio inabarcable. Por ello, me contentaré con señalar las cuestiones que han resultado útiles y de particular interés para el terreno de ciencias indicado, mostrando cómo sirven para plantear dicho enfoque *constructivista* en el estudio del discurso político y de la política del discurso.

I. SIGNOS Y CREACION DISCURSIVA

Estas reflexiones sobre el estudio de la política parten de una perspectiva que contempla el lenguaje como actividad y construcción. Tal enfoque ve los términos o los signos, no fundamentalmente como *representación* o algo que se situaría *en lugar de* objetos trascendentales, sino como unidades que se constituyen y adquieren significados por el uso que se hace de ellas, en los contextos donde se encuentran y se colocan. Es posible decir que así se tratan hechos y fenómenos que surgen en la lectura de la realidad textual en términos de función y práctica, pero enfatizando que éstas simplemente no se ven bien atadas por un cuerpo de reglas transparentes. Por ello es preciso advertir que, si se quiere describir la significación en términos de reglas, se trataría en esta perspectiva de una concepción particular de reglas y funciones, que no se centra en reducirlas a estaticidad, sino, por el contrario, en estudiar su *formación* y *re-formación* constante.

En este aspecto nos puede ayudar una lectura del «segundo» Wittgenstein que habla de *juegos de lenguaje y formas de vida* (1), lo cual supone que estamos inmersos en prácticas que continuamente crean los sentidos de los términos que utilizamos, donde el mismo concepto de regla se hace *problemático*. Cabe tener en cuenta que la palabra *juego* presenta significados con matices importantes referente a cómo se determina. Pensemos, por ejemplo, en el juego de los niños, cuando hacemos uso de este término para designar prácticamente todo lo que hacen. En su obra tardía Wittgenstein no sólo habla de unos juegos bien reglamentados, sino que muestra problemas que manifiestan cómo las reglas pueden constituirse y alterarse en el transcurso del juego, «as we go along» (2), y que una regla no puede «determinar ningún curso de acción porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla» (3). Con esto entendemos que no es conveniente suponer que haya un orden discursivo sustancial que exista de forma rígida, absoluta y apriorística. El discurso no es determinado fuera de la actividad en la que consiste el lenguaje, sino por la práctica del mismo, es decir, la manera en que se utilizan los signos/fenómenos crea su(s) lógica(s) en contextos abiertos.

Recogemos parte de lo que Ferdinand de Saussure, considerado uno de los fundadores de la lingüística moderna, nos indica sobre el lenguaje y la significación como diferencias sin términos positivos (4), sin pensar que por ello, como en la teoría saussuriana, dichos términos tengan que depender de alguna estructura inmanente y esencial más allá de las prácticas discursivas. Esta última advertencia sirve para hacer una distinción importante y fundamental frente al determinismo de los lingüistas estructurales y al estructuralismo en general. La teoría del signo de Saussure es fuertemente binaria en su dicotomía que aparece en forma de *signifié et signifiant* y *langue et parole*. Establece la separación entre significado y significante, y ve la lengua como orden estático sustancial, genéricamente distinto del habla que constituiría actividades efímeras (5). Entendemos que esto, a diferencia de las ideas que aquí sostendremos, al fin y al cabo tendría que situar referentes trascendentales de la Regla sistémica y eterna, más allá de cualquier práctica discursiva, siendo, para Saussure y el estructuralismo, ésta siempre derivada de aquélla.

La diferenciación «sin términos positivos» de la que habla Saussure, se refiere más a un hecho consumado que al acto de llevarlo a cabo, porque los límites entre los signos de *la langue* (sistémica) están siempre dados para una práctica lingüística que únicamente puede realizarse en el ámbito de *la parole* (no-sistémica). La *différance* (escrita con *a*), que es una noción central para Derrida, se inspira en parte en

(1) Cf. LUDWIG WITTGENSTEIN: *Investigaciones filosóficas*. Crítica, Barcelona, 1988 [1953], por ejemplo, párrafos 23 y 654-656.

(2) WITTGENSTEIN: *Investigaciones filosóficas*, párrafo 82.

(3) WITTGENSTEIN: *Investigaciones filosóficas*, párrafo 201.

(4) FERDINAND DE SAUSSURE: *Curso de lingüística general*. Alianza, Madrid, 1991 [1906-1911], pág. 190. Además, cabe destacar en este contexto de la disciplina lingüística la aportación del español: EDUARDO BENOT: *Arquitectura de las lenguas*, Juan Muñoz Sánchez, Madrid, 1889.

(5) Cf. SAUSSURE: *Curso de lingüística general*, por ejemplo, págs. 83-85.

la tesis de Saussure, y afirma que ningún elemento está presente en sí mismo sin remitir a otros (6). Pero Derrida lleva el argumento más lejos, señalando que el juego de diferencias, que para Saussure sólo tiene lugar *entre* unas entidades determinadas por las estructuras lingüísticas, también están en función *dentro* de las entidades y en las mismas estructuras. Podemos decir que se trata de *continuos* procesos de *producción* de diferencias (7), indicando que ni siquiera éstas están simplemente presentes o dadas, sino que son, a la vez, productos y productoras. Estos procesos, sin entrada y salida definitivas, suponen actos que *crean* y *re-crean* sentido, siendo ellos mismos nunca eliminados, ni completamente domados por un sujeto y tampoco plasmados en un cuerpo de leyes que se podrían situar como una matriz originaria de la presencia de los signos. Así, la *différance* señala que el *acto* de diferenciar siempre acompaña a cualquier significado, y siendo la presencia de éste nunca plena, porque inevitablemente lleva consigo rastros de lo que no es.

Frente al sistema saussuriano pretendo con esto indicar que la fuerza creadora del discurso, que nombra y hace el mundo aparentemente inteligible, no es una estructura determinante o lingüística siempre dada, ni tampoco una relación neutral o no dominante entre los que hacen uso del lenguaje. Quiero sostener que el hablar forma y *re-forma* la visión del mundo de sus usuarios/participantes/creadores, consciente o inconscientemente y de formas bastante sutiles. Además, se observa que es un asunto que implica poder, lo cual tiene, como veremos más adelante, unas consecuencias para la forma en que estudiamos fenómenos como la política.

Si tenemos en cuenta esta capacidad constructora del lenguaje, para no caer en la tentación de pretender trascender e ignorar los signos afirmando que nos proyectaríamos «directamente» sobre un mundo «en sí» ya constituido y reflejado, llegamos de forma *ineludible* a discusiones acerca de cómo accedemos a conocimientos sobre la realidad que intentamos estudiar. Mi exposición pretende señalar algunos aspectos epistemológicos en el estudio de la política, manteniendo que ésta forma parte de aquéllos y a la inversa. Entiendo aquí que la epistemología versa sobre cuestiones del saber y *cómo se establece*. Puesto que se pone énfasis en este último aspecto, se comprende que hay una relación importante entre la epistemología y la ontología, lo cual hace surgir muchas preguntas sobre la misma concepción de éstas. Por el momento no vamos a entrar en discusión sobre si este tema realmente debe llamarse epistemología, o bien, si es deseable rechazar definitivamente el uso del término por las connotaciones fundacionales que podría despertar (8), llámense éstas racionalismo o empirismo. En lugar de ver la política como sucesos que hablan por sí mismos, y a los que simplemente *reaccionaría* la gente, pretendemos contemplar los fenó-

(6) Cf. JAQUES DERRIDA: *Posiciones*. Pre-textos, Valencia, 1977 [1972], pág. 35.

(7) JAQUES DERRIDA: *Márgenes de la filosofía*. Cátedra, Madrid, 1989 [1972], pág. 47.

(8) Para una exposición crítica sobre la epistemología como empresa fundacional y esencialista, véase RICHARD RORTY: *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1989 [1979].

menos políticos como hechos contingentes creados por los que, de una forma u otra, participan y hablan de ellos (9).

Si se menciona un enfoque creativo del lenguaje, es posible que muchos relacionen con el pensamiento surgido en torno a la obra de John Austin. Pero el caso no es exactamente lo que parece, aunque bien es cierto que uno aprende también de aquellos con quienes no coincide totalmente. Es verdad que encontramos a primera vista en Austin (10), y menos en otros autores posteriores de la escuela de «actos de habla» (11), nociones de una «fuerza ilocutiva», la cual en principio se refiere al aspecto constructivo del lenguaje, que no a una supuesta sustancialidad existente *a priori*. Austin afirma que enunciados que aparentemente son «constatativos», refiriéndose a una función meramente descriptiva, en realidad son «performativos», es decir, realizan acciones creativas que producen o transforman situaciones (12) o, dicho de otra manera; lo que nos permite hacer algo con palabras.

Parece que este autor inicialmente procura alejarse de algunas formas de pensar la relación entre el lenguaje y la realidad como representación y reflejo. No obstante, por otro lado establece una vinculación demasiado fuerte entre los actos de habla y un cuerpo de condiciones dadas, determinadas por un supuesto contexto completo y cerrado de enunciados e intenciones. Esto indica que Austin tiende a asumir la noción de matrices *neutras* y *dadas* que no permitirían la permanencia de ambivalencia, actividad o cambio algunos en su cierre totalizador del proceso de significación. De esta forma hace que los enunciados performativos pierdan su sentido de acciones o sucesos, y así también dejan de ser verdaderos *actos* que era lo que Austin inicialmente intentaba subrayar.

Dicho autor tiende a contemplar las situaciones polisémicas que se presentan en el discurso como meras disfunciones o imprecisiones en los actos de habla (13). Sostiene que para el análisis hay que excluir, *desde el principio*, usos de lenguaje que no cumplen unas determinadas normas y que no son «serios» (14). El problema está en que es sumamente difícil definir el lenguaje correcto, formal o serio antes del lenguaje en que se expresan y se construyen estas delimitaciones. ¿Dónde y cómo situamos este principio axiomático? Aquí se nota de una forma interesante y sintomática, que en castellano se puede utilizar la palabra «principio» como comienzo y

(9) Cf. MURRAY EDELMAN: *Constructing the Political Spectacle*. The University of Chicago Press, Chicago, 1988, capítulo I.

(10) JOHN L. AUSTIN: *How to Do Things With Words*, Harvard University Press, Cambridge, 1975 [1962].

(11) Se trata de autores y obras como JOHN SEARLE: *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969. Aunque pienso que esta obra interesa menos en este sentido, y que el mismo Austin ofrece más que los discípulos que pretenden formalizar su pensamiento.

(12) AUSTIN: *How to Do Things With Words*, págs. 134-135. Los términos originales en inglés son *illocutionary force*, *constatatives* y *performatives*.

(13) Cf. AUSTIN: *How to Do Things With Words*, pág. 61.

(14) AUSTIN: *How to Do Things with Words*, págs. 21-22.

como regla. Como si fuera posible deducir y conocer todas las reglas partiendo de una especie de *génesis pre-discursiva* o *extra-lingüística* que, por dichos prefijos, determinaría precisamente lo que presume de no ser.

Acierta Derrida cuando argumenta contra Austin en este aspecto, sosteniendo que nunca es posible considerar cerrada o exhaustiva la determinación del contexto (15). Y si, como nos hace entender Austin, todos los enunciados están expuestos a riesgos de esta índole, no se ve muy claro cómo puede excluir tajantemente de sus exhaustivos análisis y síntesis del contexto unos aspectos tan frecuentes e importantes.

Como hemos visto, encontramos inicialmente en Austin y sus seguidores en los «actos de habla» una noción de capacidad constructora del discurso que, no obstante, recae y se elimina en un cuerpo de reglas que *a priori* habría determinado la construcción. Estos autores han sido relacionados con aspectos del pensamiento del Wittgenstein tardío, pero sin tener demasiado en cuenta lo que hemos señalado sobre su problematización de la regla que puede entenderse como una temática central de su obra. Dichas interpretaciones de Wittgenstein han sido además una de las referencias importantes de «giros lingüísticos» en la ciencia política y social, que han querido entender una «forma de vida» como un cuerpo de leyes estáticas y formalizadas en un contexto cerrado. Pues bien, concluyamos afirmando que tales lecturas de este pensador son, al menos, cuestionables. Y si ellas dicen haber sacado provecho del segundo Wittgenstein, nosotros habríamos de sostener que reivindicamos un tercero de este filósofo vienes o, como mínimo, una segunda lectura de su obra tardía.

II. RETORICA, INTERPRETACION E INTERTEXTUALIDAD

Para hacer más claro nuestro enfoque, se puede recurrir al antiguo *trivium* que dividía el estudio del lenguaje en los siguientes niveles: 1) Gramático, 2) Lógico y 3) Retórico. Según este esquema, el tipo de investigación propuesto se situaría al nivel retórico, que se refiere a los significados de los enunciados en la práctica lingüística y a los diferentes usos y estrategias del discurso como actividad en diferentes contextos. Esta perspectiva permite centrarse en cómo se construyen los significados/representaciones de los signos a partir de la actividad discursiva (16).

(15) DERRIDA: *Márgenes de la filosofía*, págs. 350 y ss. Para una crítica explícita de Austin en este sentido ver, *ibidem*, págs. 363-366.

(16) Como hemos visto, el Wittgenstein tardío toma posturas afines con esta argumentación, pero además lo hace rechazando una parte importante de su obra anterior, el *Tractatus Logico-Philosophicus*, que ha servido como referencia fundamental para intentar elaborar un formalismo lógico como fundamento y límite del lenguaje y de la realidad. Cf. WITTGENSTEIN: *Investigaciones filosóficas*, por ejemplo, párrafos 97-103.

Desde este punto de vista, la retórica no sólo trata «los medios» por los que se expresaría un argumento, sino que expone la actividad *diferenciadora* que hace posible la construcción de sentido. El nivel retórico se sitúa como indispensable para que adquieran sentido los otros dos mencionados, y no es posible descartar su función como efímera, no formal o no seria. Esto, desde luego, no quiere decir que se contemplen los fenómenos políticos como una pura «ficción» por el hecho de que estén relacionados con *tropos* retóricos. Por el contrario, se insiste en la importancia de tales aspectos en la constitución de la realidad política y social, para procurar incorporar algunos momentos precríticos que en el positivismo se descartan e ignoran como no cognoscitivos.

La retórica, como a menudo se ha entendido, no sólo versa sobre el bien decir, los modales y la ornamentación, sino que repercute en qué visión se da del lenguaje y en dónde se halla el sentido de las palabras y de las expresiones. Además de indicamos la dimensión de persuasión del discurso, tal como ya la definían en algunos momentos Aristóteles y Cicerón (17), nos ayuda a estudiar aspectos como la metáfora y el *uso* polisémico del lenguaje. Aunque la retórica no sólo apunta hacia el hecho de la persuasión, no se debe olvidar que ésta siempre está presente en la medida en que la gente que queremos persuadir son potencialmente libres en el sentido de que hay una necesidad de convencerles (18). Si no fuese necesario este momento retórico, la posibilidad y necesidad de contestación serían eliminados por un monólogo totalizante y predeterminado. De este modo, se nos presentaría un (no) habla que descansaría sobre el silencio, lo cual nos llevaría a una situación que haría superfluo cualquier diálogo político.

Aún más importante es que la retórica nos ayuda a apuntar hacia una concepción distinta del lenguaje o, al menos, ofrece un cambio radical de interés frente a la gramática y la lógica (19). Sobre todo en nombre de esta última se ha intentado establecer un conocimiento de alguna manera puramente formal, neutro y previo al lenguaje, un saber que únicamente se *representaría* a través del lenguaje. Este tipo de epistemología, según algunos la Epistemología, no ha sido menos frecuente en el transcurso del presente siglo, con una repercusión importante, por no decir paradigmática, en muchas ciencias sociales. Frente a dichas tendencias pretendo exponer una perspectiva constructivista que recoge otros aspectos importantes del discurso, como el metafórico y el metonímico, a diferencia de tesis que suponen que la esencia de un lenguaje transparente son objetos (incluyendo sujetos) originales y unívocos. La constitución de objetos no es un movimiento «puro» haciendo que los nuevos

(17) Me refiero sobre todo a la parte del pensamiento aristotélico formulado en la *Retórica*, que implica más que la mera persuasión, y que debería constituir una referencia importante en las teorías pragmáticas del lenguaje en general. Cf. ARISTÓTELES: *Retórica*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990. En cuanto a Cicerón, se trata de su *De Oratore*.

(18) Cf. KENNETH BURKE: *A Rhetoric of Motives*, Berkely, University of California Press, 1969 [1950], págs. 50-54.

(19) Para una discusión sobre la retórica y la ciencia positivista, véase, JESÚS GONZÁLEZ BEDOYA: *Tratado Histórico de la retórica filosófica*, Nájera, vol. II, Madrid, 1990.

términos surjan «limpios» de la nada, porque todo lenguaje fracasa en describir este movimiento sin que sea mediante metáforas, es decir, con conceptos sacados de algunos de los «objetos» de la experiencia ya *creada* (20).

Hay ideas de este enfoque en las que se aprecian influencias de algunas escuelas hermenéuticas, en la medida en que éstas consideren que se debe entender la acción humana investigando los sistemas de normas con los que *damos* sentido a lo que se dice y hace. En nuestro caso entendemos el lenguaje como acción, subrayando el aspecto verbal de este *dar*. El discurso se contempla como una expresión de/en existencia humana, en lugar de verlo como una estructura simbólica, externa a la existencia social y política, que se pondría *en lugar de* objetos (21) o de leyes inmutables susceptibles de ser *des*-cubiertos. Recogemos así el aspecto creativo de una hermenéutica *abierta* (22), procurando hacer caso omiso de lo que algunos han llamado «la ansiedad cartesiana» (23) y su obsesión por encontrar puntos arquimédicos, desde los cuales se podría fundamentar todo conocimiento posible.

Forma parte de esta ansiedad la esperanza de encontrar posiciones epistemológicas que harían posible distinguir todos los signos *verdaderos*, atemporales y trascendentales. Sería un lugar cerrado y estable, donde el signo refleja de modo completo y simple el objeto y la idea, haciendo innecesario cualquier acto de definición, puesto que los mismos conceptos brillarían con una claridad meridiana por su propia fuerza. En palabras de Richard Rorty, es la ilusión de un vocabulario maestro que permitiría «la conmensuración de todos los discursos» (24). Esta esperanza también ha dado lugar a debates y proyectos acerca de establecer lenguajes puramente científicos, separados del discurso «cotidiano». En estudios de la índole que propongo, el lenguaje no se considera algo que sólo describe objetos y hechos, sino que más bien forma una parte fundamental de ellos. Se acentúa el inquirir sobre *cómo* se tratan los objetos y, consecuentemente, sobre cómo se construyen y cómo adquieren significados en el contexto de uso que parte de una lectura de un corpus de textos objeto de la actividad investigadora.

Ejemplos que señalan la actividad creadora y retórica de significación que realizamos hablando son frases como: «... esto quiere decir...», «... quiero decir...», «... en el sentido de...». No sostengo que en cada momento, al hacer uso del lenguaje,

(20) Cf. JACQUES DERRIDA: *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*, Pre-textos, Valencia, 1985 [1967], págs. 141-142.

(21) Cf. MICHAEL J. SHAPIRO: *Language and Political Understanding*, West Hanover, Yale University Press, 1981, pág. 14.

(22) El intento por parte de Ricoeur de definir una hermenéutica de «la sospecha» tampoco me parece satisfactorio en este sentido. Dicha escuela practicaría, según este autor, una empresa de desmitificación, pero, al parecer, sólo para levantar otra epistemología fundacional del *des*-cubrimiento, «para un nuevo reino de la Verdad». A este respecto, mi lectura de Nietzsche es distinta a la de Ricoeur. Cf. PAUL RICOEUR: *Freud: una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, Madrid, 1987 [1965], págs. 32 y ss.

(23) RICHARD J. BERNSTEIN: *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics and Praxis*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1983, págs. 16 y ss.

(24) RORTY: *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, pág. 323.

estuviésemos obligados a pronunciar expresamente tales precisiones, pero caracterizan bien la ineludible dimensión de bifurcación que se nos presenta en el proceso de significación. La gran variedad de uso que adquieren las palabras, en una cantidad innumerable de situaciones y metáforas, es lo característico de la práctica lingüística, siendo esto lo que hace del discurso una actividad. Estas situaciones no son anomalías accidentales que pasan *en* lenguaje, sino que esto *es* lenguaje. Derrida expresa tal problemática inherente del discurso de esta forma:

«Ahora bien, todo da lugar a creer que en el lenguaje la representación y la realidad no se añaden una a otra aquí o allí, por la simple razón de que es imposible, en principio, distinguirlas rigurosamente. Y, sin duda, no se tiene que decir que esto se produce *en* el lenguaje. El lenguaje en general *es* esto. El solo» (25).

Esto además indica el acto de voluntad que se ejerce por el hecho mismo de utilizar un lenguaje, que no simplemente supone el elegir entre dos o varias alternativas de representación o expresión *dadas*, sino que es todo un juego social activo y creativo, teniendo en cuenta lo que anteriormente hemos apuntado respecto a los juegos wittgensteinianos.

El discurso no es una mera codificación de una realidad externa a él, que es lo que parecen suponer las teorías «procesales» de la comunicación humana, que para representar unidades como «emisor», «mensaje», «medio», «receptor» dibujan modelos con sus correspondientes flechas y casillas bien delimitadas. Todas estas ilustraciones han llegado a ser de gran importancia para algunas tendencias y disciplinas de las ciencias sociales (26), que pretenden —aplicando un esquema de movimiento de objetos determinados en flujo entre sujetos receptores y transmisores— contemplar el lenguaje como una especie de comunicación/transporte que tendría que ser o bien «física» en un sentido mecanicista newtoniano, o bien «ideal» según una subjetividad/objetividad cartesiana. En esta perspectiva se analiza el discurso como si se tratase de llevar un objeto en un contenedor de una mente a otra, en el mismo sentido de transportar una carga en tren de una estación a otra, convirtiendo así el lenguaje en vía o mero instrumento para definiciones e ideas independientes de éste. Esta instrumentalización o mecanización forma parte del «logocentrismo» que es el producto de un fuerte deseo ilusorio de suponer entidades «puras» no-lingüísticas que el lenguaje *simplemente* podría significar o representar (27).

(25) DERRIDA: *La voz y el fenómeno...*, pág. 99.

(26) Una exposición de este tipo de teorías, frecuentemente elaboradas en el seno de diversas disciplinas académicas de «la comunicación» o de la «información», se puede encontrar en JOHN FISKE: *Introduction to Communication Studies*, Methuen, London, 1982, capítulos uno y dos y; R. WILLIAMS: *Communications*, Penguin, London, 1968. Para ejemplos de aplicación en la ciencia política, nótese la analogía que se puede establecer entre estas teorías y las escuelas sistémicas-funcionalistas, escuelas que dibujan las mismas figuras a un nivel macro-sociológico que se supone perfectamente discernible en su omnipresencia invisible.

(27) J. DERRIDA: *Of Grammatology*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1974 [1967], pág. 49.

Lo que de esta forma intento exponer es el aspecto de comunicarse o actuar *en lenguaje*, y no simplemente *a través* de él. Podríamos incluso llegar a contemplarnos como prisioneros en el lenguaje, hablando en términos heideggerianos. Es posible decir que estamos encerrados en nuestras concepciones del mundo, concepciones, insistimos, que no están constituidas por el mundo *en sí*, sino por las categorías que le aportamos. Como sugiere Nelson Goodman, podemos hablar de una pluralidad de mundos y el menester está en «cómo interpretar términos como «real», «ficticio» o «posible»» en los diferentes sistemas de descripción que éstos suponen (28). La metáfora de la prisión también nos permite entender que nuestra condición de presos de un lenguaje determinado no es necesariamente eterna, sino susceptible de cambios, puesto que el orden está construido y puede ser creado otro, pero jamás podremos librarnos del mismo acto de construir (29).

La noción de *intertextualidad* indica que el discurso nunca está totalmente cerrado en la actividad referencial propia del lenguaje en uso, lenguaje que significa constantes recategorizaciones de nuevas experiencias con términos antiguos y nuevos. Escribimos lo desconocido con la ayuda de términos conocidos que así adquieren usos nuevos, a la vez que excluyen, reducen y construyen inteligibilidades. Si se quiere hablar de sistemas y procesos no han de entenderse en términos de estaticidad, sino abiertos por la actividad de trazar límites mudables entre las unidades que preconstituyen constantemente los discursos, lo cual se puede apreciar en su aspecto y función metafóricos. Se trata de ver *textos* como redes y prácticas interpretativas sin delimitaciones o centros fijos, y se entiende que siempre pueden ser recontextualizados sin llegar nunca a establecerse ningún contexto definitivo y herméticamente cerrado.

No hay por qué suponer que nos situamos en una posición denominada «extremadamente subjetivista», que afirmaría que nada existiese antes de que lo concibiésemos o antes de que habláramos de ello (30), ni tampoco como actos de simple arbitrariedad. No se trata de la oposición simplista que se reduce a enfrentar un objetivismo realista y cientifista con un subjetivismo mentalista o románticista de deseos perfectamente soberanos y originales. Se trata más bien de una perspectiva que subraya que el mundo de *objetos* (incluyendo los sujetos) no tiene ninguna estructura con sentido, excepto en relación con las rutinas que empleamos para designarles calidades (31). La actividad de nombrar y hacer el mundo aparentemente inteligible es una empresa en la que constantemente participan una infinitud de

(28) N. GOODMAN: *Maneras de hacer mundos*. Visor, Madrid, 1990 [1978], págs. 17-19.

(29) Es posible que el mismo Heidegger del «ser en el mundo» no estuviese de acuerdo con este planteamiento, sobre todo si tenemos en cuenta sus ambiciones de crear una ontología definitiva del Ser.

(30) Tengamos en cuenta las consideraciones que sostienen que es posible ver el racionalismo cartesiano, que aquí procuramos evitar, como el subjetivismo por excelencia.

(31) Cf. P. BOURDIEU: *El sentido práctico*. Taurus, Madrid, 1991 [1980], págs. 158-159, y SHAPIRO: *Language and Political Understanding*, pág. 20.

actores que se influyen entre sí, dándole así al discurso su carácter colectivo, *poderoso* (32), potencialmente abierto y político.

Se señala la difícil separación entre discurso y fenómenos, entendiendo que el mundo es, desde luego, más que palabras, pero que no hay manera de captarlo y relatarlo en forma «pura» alguna sin lenguaje. Negar una dicotomía como separación no significa excluir una parte de ella, sino no aceptar la división clínica. Y coincido con el sociólogo Johan Asplund, cuando, en un tono un tanto wittgensteiniano, dice que pensar en «figuras» es inevitable, porque siempre vemos la realidad *como* algo, y el exponer una de estas «figuras de pensar» es a la vez relativizarla o relacionarla en el sentido de crear posibilidades para otros modos de ver (33). En el tipo de reflexión que propongo se entiende que el lenguaje es importante, y que es una actividad y no un reflejo.

III. DISCIPLINAS, CIENCIA Y CONTINGENCIA

En este planteamiento se pretende contemplar los objetos como complejos en sus distinciones, en lugar de minimizar este momento y seguir con la investigación estableciendo, por ejemplo, un esquema de relaciones causales unidireccionales entre las definiciones. Es cuestión de estrategias de *problematización* conceptual, y por tanto no se trata de hacer una reducción y definición analítica inicial e ideal, sino de centrarse en estudiar *cómo* los conceptos adquieren significados por las funciones que desempeñan en diferentes prácticas definidoras. El significado de un concepto político no depende tanto de una definición unívoca, como de las maneras en que se utiliza y de lo que viene relacionando con él. Los fenómenos son en este sentido más límites que esencias, y para conocerlos es necesario estudiarlos en sus extremos y como actos de delimitación, que es lo que posibilita hablar de ellos.

Evidentemente, también se crean en una investigación de esta índole objetos y definiciones a partir de situaciones ambiguas durante el transcurso del trabajo. Esta categorización incluye dar algunos conceptos por hechos, y éstos, a su vez, podrían ser considerados objetos complejos, susceptibles a estudiar y desmontar. Algunos señalarían esto como un grave obstáculo para hacer conclusiones que en sí no dependieran de un particular esquema interpretativo. Sostengo, empero, que esto no imposibilita de manera alguna la intención de tomar tal postura. Los que insisten en acusar esta visión del saber, por ser autorrefutable y autorreferencial, se olvidan de que ellos mismos caen en el dilema de la epistemología fundacional. El problema de

(32) Como veremos más adelante, empleo el adjetivo *poderoso* para señalar que la *actividad* discursiva es relacional y constructiva, y que así, de modo ineludible, supone, genera y ejerce *poder*. En esta perspectiva no se trata de *tener* el poder como una posesión material irreducible, que es lo que indican los usos más frecuentes de dicho adjetivo.

(33) JOHAN ASPLUND: *Essä om Gemenskap och Gesellschaft*, Bokförlaget Korpen, Stockholm, 1991, pág. 40.

la autorreferencialidad queda en evidencia porque no se puede evitar el dilema de cómo se conocen las entidades que explican el conocimiento. Este rompecabezas muestra que cada criterio de saber es en sí mismo una pretensión y afirmación de saber, y que por ello también tiene que ser probado. Pero cada nuevo intento de validación se ve obligado a referir bien al criterio mismo, o bien a otro nuevo, que en su lugar requiere ser probado. La primera estrategia es circular y la segunda crea un regreso infinito. De esta situación se derivan preguntas como: ¿Es el conocimiento empírico conseguido de una forma realmente empírica? ¿Son los criterios de racionalidad establecidos racionalmente?

Los que defienden una idea fundacional de la ciencia como única posibilidad frente a unas alternativas que, según ellos, automáticamente supondrían estar al borde de un abismo de caos, nihilismo, arbitrariedad, e incluso de locura, se encuentran también balanceando sobre este precipicio, pero en su caso tapándose los ojos. Lo que queremos señalar es que no es posible confirmar los resultados como una verdad absoluta y ahistórica que habla por sí sola, independiente de cualquier producción o repetición teórica. Semejantes afirmaciones son exactamente las que nuestra perspectiva pone en cuestión, y por tanto sería contradictorio afirmarlas como el resultado de la labor investigadora. Es imposible dejar de trazar límites conceptuales, pero no hay manera de fijarlos sin que puedan ser susceptibles de interrogación.

Nuestro enfoque no da por supuesta la no-contingencia de la Ciencia, lo cual sólo llevaría a intentos de enmascarar apriorismos como irreducibles y esencialistas, para a menudo simplemente no inquirir de manera alguna en lo que se establece como dogma epistemológico de un particular campo científico. De ahí alguna aportación interesante de los debates sobre la naturaleza de la ciencia, que desde hace ya algunas décadas, desde diversas perspectivas y con conclusiones bastante variadas, han comenzado a cuestionar la concepción de una ciencia unitaria en el tiempo y en el espacio, y la visión de un mundo dado como su objeto (34). La pretensión de las teorías de «la verdad como correspondencia», que se ilusionan con esquemas neutros fuera del alcance del tiempo y de la práctica humana, para ser válida, supondría una ciencia en la que fuese posible desvincular el lazo entre las teorías y sus condiciones de surgimiento y de vida; es decir, habría que descartar cómo los científicos las han elaborado, pensado y, lo que no es menos importante, cómo las siguen creando,

(34) Pienso que Gaston Bachelard trata aspectos importantes que posteriormente encontramos en debates, bien conocidos, sobre la ciencia «postempiricista» que desde el mundo angloamericano se han venido relacionando con la obras de, por ejemplo, Thomas Kuhn, Stephen Toulmin, Paul Feyerabend, Imre Lakatos y Allan Musgrave. Evidentemente, el pensamiento de éstos no coincide en todos los aspectos, pero es posible indicar puntos comparables, como son el desarrollo discontinuo de la actividad científica y el tener en cuenta el contexto de su construcción. Cf. G. BACHELARD: *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, México D.F., 1990 [1938]; T. KUHN: *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago, 1962; S. TOULMIN: *The Uses of Argument*, Cambridge University Press, Cambridge, 1964; P. FEYERABEND: *Against Method*, verso, London, 1980 [1970].; I. LAKATOS y A. MUSGRAVE (comps.): *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970.

re-creando y cómo reflexionan sobre ellas en contextos expansivos. Todo ello se quiere olvidar para traducir las teorías a unos códigos formalizados, falseables o verificables según criterios axiomáticos, válidos por sí mismos, o sea, según reglas independientes del investigador, del contexto de estudio y del objeto a investigar.

La carencia de este positivismo no es tanto quedarse en el mero hecho de medir y contar, sino más bien las *pretensiones* que se han relacionado con la obsesión por el Método y la falta de autoreflexión (35). Se confunden unas normas y procedimientos, impuestos, aceptados y repetidos por un número de personas, con un supuesto punto arquimédico que parecería estar al alcance de los creyentes. Y para encontrarlo sólo habría que seguir el camino bien indicado, hasta olvidarse de que la misma indicación fue obra impuesta por manos humanas. Un motivo importante de esta situación es la dificultad de no pensar otra relación entre lengua y habla, realidad y símbolo o esencia y existencia, que no fuera la del modelo y la ejecución. Según Pierre Bourdieu, ello hace que se coloque «al científico [savant], detentador del modelo, en la posición de un Dios leibniziano poseedor en el acto del sentido objetivo de las prácticas» (36). Se recurre a un formalismo positivista que se dedica a reproducir lo ya establecido como algo no-problemático, que no haría falta poner en cuestión, y la ciencia se reduce a automatismos sin (auto)crítica (37). El proyecto científico corre así un grave riesgo de transformarse, con la ayuda del olvido y de constantes repeticiones, en lo que, en un principio, presume de no ser.

En este aspecto nos ayudan autores como Gaston Bachelard, cuando argumenta que en la ciencia el conocimiento es una respuesta a una pregunta, y de este modo nada es espontáneo, ni dado, sino que todo se construye (38). Su principal objeto de estudio y crítica son las ciencias naturales del siglo pasado, lo cual hace que sea aún más interesante para nosotros, puesto que estas disciplinas han servido de modelo para una parte importante de las ciencias sociales del siglo xx. Este autor señala la situación histórica y contextual del sujeto investigador conocedor, y critica la falta de autoconciencia por parte de las disciplinas científicas que no cuestionan sus principios de medir y contar porque creen remitirse a una razón de postulados

(35) Las tesis de Peter Winch sostienen fundamentalmente una separación entre las ciencias sociales de *Verstehen* y las ciencias naturales objetivizantes, sin realmente discutir los problemas epistemológicos con los que tropiezan *las dos*. Hace uso del mismo tipo de distinción entre *Naturwissenschaft* y *Geisteswissenschaft*, que anteriormente encontramos en pensadores hermenéuticos como Dilthey, que la utiliza con el fin de fundamentar definitivamente el Método y la Identidad de estas últimas disciplinas. Cf. PETER WINCH: *The Idea of a Social Science and Its Relation to Philosophy*, Routledge, London, 1958; WILHELM DILTHEY: *Introducción a las ciencias del espíritu*, Alianza, Madrid, 1986 [1883].

(36) BOURDIEU, *El sentido práctico*, pág. 59.

(37) Recordemos los comentarios de Horkheimer y Adorno sobre el retroceso de una ciencia a los mitos que procura eliminar; M. HORKHEIMER y T. W. ADORNO: *Upplysningsens dialektik*, Rödä Bokförlaget, Stockholm, 1981 [1944], pág. 42. Traducción sueca del original en alemán. Hay una edición reciente en español: *Dialéctica de la Ilustración*. Trotta, Madrid, 1994.

(38) BACHELARD: *La formación del espíritu científico*, pág. 16.

trascendentales y estables (39), lo cual hace que el científico sea poco científico, incapaz de pensar más allá de los esquemas establecidos. Para Bachelard esto pertenece a los «obstáculos científicos», que impiden un —para él tan importante— desarrollo «dinámico» de la ciencia (40).

En muchos casos parece ser que la misma reproducción y repetición de matrices científicas establecidas serían capaces de alejar el saber de la influencia, en este caso no deseada, de las relaciones humanas. El objetivo final de la ciencia, incluyendo las sociales, sería de esta forma conseguir un conocimiento desvinculado de toda experiencia previa a la de la fase investigadora, como mínimo. Y así se procuraría cumplir el lema de producir un resultado «intocado por manos humanas» o lo que viene a ser lo mismo; una ciencia sin científicos. No es difícil apreciar los riesgos que esto supone si se traslada al campo de la política como ambición democrática.

Da la impresión de que se pretende establecer una ciencia que está a punto de confundirse con una teología canónica o con la esperanza de una máquina que nos dotaría de respuestas dadas, al mismo modo que los ceros y los unos de un ordenador, para pretender enmascarar y liberarnos para siempre de la toma de decisiones. El enfoque de esta exposición no se centra en ignorar u olvidar las polisemias y los momentos de construcción de sentido en el estudio de la política, porque entiende que éstas son factores importantes e inevitables en la vida, el lenguaje y la política. Lo cual no quiere decir que se deje de inquirir sobre ellos, sino todo lo contrario. En este sentido es sugerente la indicación de Murray Edelman:

«This tour of the stances from which people construct political spectacles deals in uncertainties, interpretations and contradictions, not in conclusive generalizations. Political understanding lies in awareness of the range of meanings political phenomena present and in the appreciation of their potentialities for generating change in action and beliefs» (41).

Perder este aspecto de estudiar la política de una manera crítica se acercaría demasiado a un conformismo científico y político, lejos de lo que debería ser la ambición de las empresas científicas, y no digamos ya las democráticas.

IV. ESCRIBIR LA HISTORIA COMO AUSENCIAS Y PRESENCIAS POLITICAS

Sería posible afirmar que todos los que estudian la política tratan hechos pasados, porque en realidad el mismo presente es difícilmente captable. No obstante, varían las formas para encontrar, seleccionar, delimitar, hacer juicios y dar sentido a este tiempo y espacio pasados. Para contar lo que ha sucedido se hace uso de diversas técnicas y narrativas que delimitan, definen lo que estudian, y que además enlazan estos hechos con otros, construyendo así relaciones causales a través del tiempo.

(39) Cf. G. BACHELARD: *Études*, Vrin, París, 1970 [1931], pág. 11.

(40) BACHELARD: *La formación del espíritu científico*, págs. 66-69.

(41) EDELMAN: *Constructing the Political Spectacle*, pág. 123.

Estas técnicas de enlazar el pasado, el presente y el futuro es una importante dimensión ontológica y legitimadora en el discurso político, al igual que en las disciplinas académicas que pretenden conocerlo.

Es frecuente encontrar intentos de establecer una distinción tajante entre las disciplinas históricas y las ciencias sociales. Tal división consistiría en que las primeras aspiran a realizar una reconstrucción de *lo que realmente pasó*, en cuanto a unos sucesos contextualmente bien determinados que se siguen en cadena, y que las segundas serían un modelo para establecer categorías transhistóricas y *presentistas*. Pero tras una observación más detenida, vemos como dicha categorización disciplinar no coincide con las prácticas investigadoras en los campos académicos que presentan numerosas interrelaciones respecto a esta división. No obstante, lo que resulta más importante es que se encuentran supuestos y carencias comunes en el presentismo objetivizante y en la historiografía reconstructivista.

Las ciencias sociales en tanto que *presentistas* pecan por no tener en cuenta los contextos históricos (42), puesto que explican todos los hechos según una teoría ahistórica que se encarnaría en la actividad de una particular comunidad científica del presente, que olvida su misma constitución espacio-temporal. La historiografía reconstructivista, al seguir la indicación de Ranke de que es perfectamente posible conocer lo que efectivamente pasó («wie es eigentlich gewesen») mediante un inductivismo que frecuentemente roza lo caricaturesco, pecan cuando sobreestima la posibilidad de determinar el contexto histórico, ignorando que éste es múltiple y abierto. Es decir, por un lado están las situaciones en que tuvieron lugar los sucesos y, por otro, el cómo se desempeñan las actividades que los narran, seleccionan y delimitan (43). Lo que ocurre es que estos contextos no son separables y delimitables el uno del otro de forma definitiva, porque ninguno se entiende independientemente del otro, sino que se nutren mutuamente. Por ejemplo, el hecho de que unas piezas de cerámica romana adquieran cierto carácter de testimonio histórico, no depende tanto de que quienes las fabricaron pensaron que eran tales testimonios históricos, sino porque *nosotros* las *tomamos* como tales (44), presentándolas en un lenguaje que les dota de voz e inteligibilidad.

Da la impresión de que el mismo tiempo sería lo único que explica e interviene en una concepción empirista o racionalista del pasado. O, lo que viene a ser lo mismo,

(42) «The whig interpretation of history» es uno de los nombres que se ha dado a la tendencia anacrónica de escribir la historia en términos del presente. La denominación en sí tiene su origen en la obra de HERBERT BUTTERFIELD: *The Whig Interpretation of History*, Penguin, Harmondsworth, 1973 [1931].

(43) Me refiero sobre todo a la historiografía que se establece como disciplina científica a partir de los siglos XVIII y XIX (aunque algunos la buscarían ya a partir de Tucídides). Para una exposición interesante que contempla la historiografía de esta época en términos de técnicas narrativas, ver HAYDEN WHITE: *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1973.

(44) Este ejemplo se lo debo a ROBIN G. COLLINGWOOD: *Idea de la historia*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1984 [1946], pág. 22.

la noción de un pasado, por definición no presente, pero que se quiere mantener, habla por sí solo, sea esto en términos de una supuesta reconstrucción totalmente fiel a *lo que realmente pasó*, o bien, como la fe en unos esquemas interpretativos que escriben toda la historia en función de ellos mismos. Las dos formas de escribir la historia consideradas se situarían, así, en una supuesta posición privilegiada en sí atemporal, fuera de la historia, desde la cual el estudioso se dedicaría a captar reflejos puros o atemporales.

Algunos han lanzado la tesis de que el tiempo no es lo importante para la historia del historiador, sino que lo decisivo es establecer una «trama» como proceso inteligible (45). Los enfoques hermenéuticos, en el sentido abierto antes comentados, afirmarían que hay varias formas de comprender el mundo, pero que éstas no se perciben como igualmente válidas. A pesar de todo, en el estudio de la realidad y el conocimiento que se adquiere/construye según diferentes patrones no es posible situarse totalmente fuera de una vida llena de convenciones y *pre-juicios*. Cómo interpretamos y entendemos está siempre condicionado por el hecho de que somos seres históricos. Aquí entendemos por *seres históricos* seres que *viven* el presente construyendo nociones sobre supuestos pasados que, de *diferentes* maneras, se consiguen enlazar con el presente y el futuro, y que, curiosamente, a menudo pretenden ignorar este acto de enlace y construcción histórico-narrativa.

A este respecto, Roland Barthes describe un habla mitológica que convierte la historia en *naturaleza* (46), como una ilusión de que pudiese existir independientemente de las prácticas narrativas que le aportan sentido. De una u otra forma tenemos que partir de determinaciones del presente en la lectura de la historia, y para entender es necesario clasificar y sólo podemos clasificar lo desconocido en términos de algo conocido (47). De este modo se llega a cuestiones sobre cómo se constituye la lectura y la escritura de hechos ocurridos en un tiempo pasado. Sucesos que nunca están consumados en todos los sentidos, porque, como decía Michel de Certeau, la historiografía organiza sus condiciones de posibilidad de producir, y constituye en sí misma el tema sobre el que escribe de modo interminable (48).

(45) PAUL VEYNE: *Cómo se escribe la historia*, Alianza, Madrid, 1984 [1971], pág. 53.

(46) ROLAND BARTHES: *Mythologies*, Hill and Wang, New York, 1984 [1972], pág. 129. Pienso que es acertada la denuncia de esta concepción de «naturaleza», aunque bien es cierto que Barthes, en sus estudios mitológicos, corre el riesgo de reificar el mismo tipo de «naturaleza» que pretende criticar. Pues a menudo sostiene que, una vez desmitificados determinados discursos, podríamos llegar a contemplar la Historia sin «distorsiones» algunas.

(47) Esto también lo afirma Quentin Skinner, a pesar de ser acusado, algunas veces injustamente, de defender un historicismo estrictamente contextualista. Cf. SKINNER: «Meaning and Understanding in the History of Ideas», en J. TULLY & Q. SKINNER (eds.): *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*, Basil Blackwell, London, 1988 [1969], pág. 31. Para una crítica a este respecto (además de la *op. cit.*), véase, por ejemplo; JOHN G. GUNNELL: «Interpretation and the History of Political Theory: Apology and Epistemology», en *American Political Science Review*, 1982, 76:3, págs. 317-327.

(48) MICHEL DE CERTEAU: *The Writing of History*, Columbia University Press, New York, 1988 [1975], pág. 11.

Collingwood afirma que todo pensamiento histórico es una actividad de imaginación en la que frecuentemente se pretende utilizar el presente íntegro como prueba de su íntegro pasado, a través del cual habría llegado a cobrar existencia. Lo que ocurre, empero, es que no es posible captar tal totalidad, porque el «aquí-y-ahora» perceptible es el lugar donde se realiza el inevitable acto de imaginación histórica, y el mismo presente cambia con las transformaciones que sufren los principios y las pruebas, según los cuales se interpreta en este aquí-y-ahora. Y es que el presente jamás puede interpretarse en su integridad y el proceso infinito del tiempo pasado no puede nunca contemplarse en su totalidad, y con ello, afirma Collingwood que «en la historia, como en todas las cuestiones fundamentales, ninguna conquista es definitiva» (49).

Podemos preguntarnos lo que realmente indican expresiones como «escribir historia» o «hacer historia». Convendría tomar en serio estos *verbos*, porque indican un acto de *producción y re-producción*, frente a las tendencias en la historiografía, al igual que en las ciencias sociales *presentistas*, de ignorar lo que supone el verbo para enfatizar el complemento, es decir, el fruto de tal labor. Aquí se halla la principal posición común de estas dos formas de escribir la historia: la noción de un reflejo a través del tiempo, que simplemente sería capaz de describir, pasivamente, algo que no está presente. El hecho de que *se cuente*, activamente, se convierte en algo secundario o ignorado. Se olvida a menudo que el término «historia» se usa para denominar, tanto una ciencia (productora) como lo que ésta estudia, es decir, la explicación enunciada y lo que ha tenido lugar (50). Se trata de un olvido que supone una concepción de historia con la cual se pretende, como quería sostener Niebuhr con su exegis de las fuentes, referir únicamente a su acontecer que no a su informe (51). Pienso, por el contrario, que es necesario tener en cuenta el significado de *producción* cognoscitiva, si queremos mantener al menos alguna esperanza de conocer lo que se llama la historia, aunque sea sin un acceso directo a la Historia en su totalidad ni tampoco a unos pasados en estado virgen.

La historia utilizada y entendida como determinante del presente y del futuro supone un juego con tiempos y lugares pasados como presencias y ausencias. Por un lado se afirma que versa sobre hechos consumados y cerrados y, por otro, se quiere mantener que constituye fuerzas deterministas como presencias poderosas en todo lo que concierne nuestras vidas. Así llega la misma actividad de escribir la historia, como ausencias y presencias, a adquirir una dimensión política muy importante. Por ello, no se trata sólo de estudiar la historia, sino de hacerlo para preguntar

(49) COLLINGWOOD: *La idea de la historia*, págs. 240-241.

(50) CERTEAU: *The Writing of History*, pág. 21.

(51) Reinhart Koselleck sitúa a mediados del siglo XVIII una transformación del término historia, con la que a partir de entonces se pretende invalidar el lazo entre el acontecer y su informe, lo cual se puede apreciar desde el momento en que los historiadores alemanes comienzan a utilizar la palabra *Geschichte* como historia. Véase R. KOSELLECK: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos pasados*, Paidós, Barcelona, 1993 [1979], pág. 50.

por el uso que se hace de ella. Un uso sin el cual no habría conocimientos acerca del pasado que forzosamente tiene que ser *construido* porque en realidad es algo que por definición ya no existe.

La historia se cuenta en diferentes lenguajes que sirven para condenar algunas acciones políticas y celebrar o aceptar otras. Nietzsche decía que la historia de algo es «una ininterrumpida cadena indicativa de interpretaciones y reajustes siempre nuevos, cuyas causas no tienen siquiera la necesidad de estar relacionadas entre sí», y que estas interpretaciones siempre se ven condicionadas por «voluntades de poder» (52) que, a la vez, hacen posible vislumbrar las posibilidades de cuestionar y estudiar las verdades impuestas. El énfasis está puesto, como en sus genealogías, en *cómo se establecen* en la historia (sin mayúscula) las formas de dar sentido a las palabras y a la política.

Llegamos también a la conclusión de que un simple llamamiento a la tradición no resuelve nada, puesto que ésta no existe sin los que la evocan para intentar justificar un uso de poder particular y presente como algo *natural*. Hablar de y establecer *origenes* no es un acto inocente y transparente, sino mecanismos que pretenden situarnos en un supuesto molde que dice lo que verdaderamente hemos sido y todavía somos o tendríamos que ser. Nos topamos con una historia que afirma ser, ni más ni menos, que «la historia misma» que se extrae su propia verdad de una sola unidad épica (53). En estas narraciones, el presente tiende a reducirse a ser determinado, y nunca determinante, viéndose obligado a situarse como un límite o un espacio sin vida entre la Historia y el Futuro que deciden sin ser decididos. Al pretender decir de dónde venimos, se procura también implantar imágenes sobre dónde estamos y adónde vamos, o mejor dicho: adónde *nos lleva* la Historia, la Identidad, el Destino... Pienso, por el contrario, que el lugar en que realmente vislumbramos las posibilidades de decisión política, se encuentra en dicho espacio, entre el pasado y lo venidero de la lectura determinista de la historia. En algunos momentos podríamos incluso decir que si se reinterpreta la historia es porque ha cambiado el presente, y si ha cambiado el presente es porque se ha reinterpretado la historia.

Si comenzamos a poner en movimiento la(s) historia(s) monolítica(s), vemos cómo los sujetos y los objetos del discurso político son construcciones, siempre móviles, los unos por los otros y a la inversa. En todas las épocas y en todas las culturas, controversias y maniobras políticas se han basado en interpretaciones contradictorias de hechos y desarrollos del pasado, del presente y del futuro. Se conciben los líderes como tiranos o como bondadosos, las guerras como justas o como agresiones, se considera que la política económica favorece los intereses de una clase o bien los intereses generales, y se definen minorías que se entienden como patológicas o serviciales.

(52) FRIEDRICH NIETZSCHE: *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1992 [1887], pág. 88.

(53) KOSELLECK: *Futuro pasado...*, pág. 55.

Estos son ejemplos de las variaciones de las referencias de simbolos/fenómenos políticos, en las que consiste la historia política y social (54). Algo se mueve *en* la historia, pero nuestro estudio no pretende dibujar una línea recta que detectaría e incluiría todos los movimientos en uno, y que continuamente haría avanzar la actividad social y política, lo cual significaría construir un tiempo histórico singular e inmanente que supondría una sola *Historia magistra vitae* unitaria que decidiría por nosotros cómo hemos de vivir y de dónde pudiera deducirse todo (55). Porque la linealidad y la unidad épica de la historiografía no es un resultado de la investigación, sino su precondition impuesta que formalmente respondería a cuestiones sobre *principios* y *necesidades de orden* (56).

Interrogar esas unidades preconstituidas requeriría utilizar estrategias genealógicas que se hacen posibles gracias a las nociones de contingencia conceptual y movilidad interpretativa que supone la historia como pasado, presente y futuro. En lugar de contemplar una supuesta continuidad transhistórica y atemporal o unidades definitivamente definidas y rescatables, se inquiere en las irrupciones y discontinuidades que establecen diferentes interpretaciones y lenguajes sobre lo que es la realidad política y social. El conocimiento del pasado no simplemente *es*, sino que existe porque alguien lo cuenta y porque, además, la historia es utilizada para intentar construir relatos sobre lo que hemos sido, lo que somos, y adónde vamos. Habría que estudiar cómo las narraciones o tramas son construidas y utilizadas como *poderosas* herramientas políticas, ya que parece ser que estamos condenados a contar historias sobre nosotros mismos y sobre otros. Esto, de ningún modo, podría entenderse como el final de la historia, sino todo lo contrario.

V. TOPOS DE SABER Y DE PODER

Si no se considera que el pasado, ni el presente, consisten en un *continuum* espacio-temporal dado y tampoco en unidades perfectamente delimitadas, habría que estudiarlos en forma de sucesivos espacios de definición y re-definición que presentan algo que no habla por sí solo. Esto es lo que puede indicarnos una noción de *topos* (57), como las figuras y los puntos (querer-ser) ontológicos, a partir de los cuales se establece el relato que se va a contar, y entre los que se desarrolla la acción y la trama. Pretendo enfatizar que habría que estudiar estos puntos, no tanto como posiciones materiales y estáticas, sino como la práctica que los establece. Utilizo el término *topos* porque quiero resaltar que no son tanto un espacio geométrico cerrado, sino lugares de encuentros y desencuentros.

(54) EDELMAN: *Constructing the Political Spectacle*, pág. 2.

(55) Cf. KOSELLECK: *Futuro pasado...*, págs. 61-62.

(56) CERTEAU: *The Writing of History*, pág. 12.

(57) El término «topos», del griego *tópos* y *topoi*. se usa para denominar un *lugar* o *lugares comunes*. De ahí derivamos en español palabras como «tópico». Este concepto aplicado al estudio del discurso, lo encontramos, por ejemplo, en la *Retórica* de Aristóteles.

Pienso que el modo de investigación de Michel Foucault y sus ideas sobre el discurso como unidad de análisis nos muestran aspectos importantes a este respecto. Lo que no significa que estas perspectivas sean del todo «suyas», sino que ha aportado mucho a ellas por la forma en que las ha expuesto. Foucault estudia el poder y el saber como espacios lógicos o geografías en movimiento, que nos gobiernan mediante las visiones de la realidad que suponen (58). Para dar una idea general sobre lo que es el «discurso» en su pensamiento, se puede explicar como un sistema de posibilidades de saber, como una especie de sistema de categorización. Se centra en declaraciones y objetos de análisis, en un sentido amplio que también incluye sujetos y la creación de éstos. Las preguntas e inquietudes más importantes para estos estudios son: ¿Qué reglas impuestas permiten que se hagan unos enunciados? ¿Qué imperativos ordenan y diversifican los enunciados? ¿Qué reglas hacen que unas afirmaciones sean consideradas verdaderas o falsas?

La instalación de tal categorización no se basa en ninguna epistemología fundacional, propia de los fenómenos y previa al lenguaje. En el eje de la cuestión se hallan nociones sobre la creación social de los objetos y los sujetos. Foucault argumenta que hemos de ver el discurso como una especie de violencia que ejercemos sobre las cosas o, al menos, como una práctica que les imponemos (59). Se produce el veredicto de que no es posible considerar ninguna categorización, en su totalidad, universalmente e históricamente más *verdadera* que otra (60). De lo que se trata es de ver cómo se crean e instalan tales sistemas de saber en diferentes contextos y prácticas sociales. Los significados y los discursos son *contingentes*, es decir, no son dados por circunstancias intrínsecas a ellos mismos o por algún orden superior, sino se apoyan en factores tales como creencias y convenciones, y, en principio, son sustituibles por otros significados y otros discursos. En otras palabras, son aparentemente inteligibles pero no intrínsecamente necesarios, y se contemplan ante un fondo sin Ley o Fin que gobernaría toda existencia posible. Dicha contingencia es lo que abre posibilidades de estudiar cómo objetos y sujetos son/están contruidos y re-contruidos en el escribir/hablar la historia.

Cuando es posible definir una regularidad entre objetos y tipos de enunciados, nos encontramos con lo que Foucault llama formación discursiva o discurso (61).

(58) Cf. MICHEL FOUCAULT: *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Pantheon, New York, 1980, págs. 62 y ss.

(59) MICHEL FOUCAULT: «The Order of Discourse», en ROBERT YOUNG: *Untying the Text*, Routledge and Kegan Paul, Boston, 1981 [1971], pág. 68.

(60) Sobre el problema de las categorías no puedo dejar de recoger aquel texto de Borges, donde cuenta cómo se encuentra, en una supuesta enciclopedia china, una clasificación de los animales del emperador: «a) pertenecientes al gobernador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerales, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas». JORGE LUIS BORGES: *Otras inquisiciones*, Alianza, Madrid, 1989 [1960], págs. 104-105.

(61) MICHEL FOUCAULT: *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1985 [1969], págs. 62-63.

También se puede explicar como las relaciones que unos enunciados tienen con una esfera de objetos, y como un conjunto de posibles posiciones para sujetos (62). No se debe, según esta actitud metodológica, intentar descubrir el sentido de un fenómeno a través de algún tipo de significado trascendental de su existencia, o por su contenido secreto, su verdad silenciosa y autoembalada. Un fenómeno consiste en todo lo que se dijo y en las declaraciones que aportaron descripciones y explicaciones acerca de él, enfatizando que los grupos de enunciados están lejos de referir a un solo objeto, formado de una vez por todas (63).

Lo que este autor llama reglas discursivas están *dentro* del discurso activo, no debajo o más allá de él, porque están representadas por las prácticas discursivas, es decir, un conjunto de relaciones que hacen posible la encarnación de objetos en el lenguaje. Las reglas que definen estas actividades no definen «la existencia muda de la realidad», sino el ordenamiento de objetos. El discurso no se trata como grupos de signos que *representan* fenómenos situados fuera del discurso, sino como actividades que sistemáticamente forman los objetos de los que hablan (64). Desde un punto de vista constituyen el límite del discurso, porque son el grupo de relaciones que han de establecerse para poder hablar de diferentes objetos; de este modo, se afirma que no hay enunciado que no suponga otro enunciado.

Se considera que el lenguaje *constituye* relaciones políticas, en vez de hablar *sobre* ellas de una manera meramente descriptiva. El ordenamiento de objetos en el discurso no se concibe sólo como una relación lingüística, de alguna forma *pura*, sino también se considera importante su aspecto como productor de verdad como relaciones de poder, pues la verdad no se sitúa fuera del poder, sino que más bien forma una parte inherente de él. Las sociedades tienden a poseer sus «regímenes de verdad», los cuales están compuestos por los tipos de discursos dominantes que se aceptan utilizándolos y tomándolos por dados, y donde éstos cumplen así funciones de verdad y saber (65). Es en esta perspectiva foucaultiana desde la que observamos el poder del *topos* como lugar común. Son las imágenes, símbolos y argumentos que aceptamos sin más y que así nos gobiernan y que además se construyen como si se tratase de una parte inseparable de nosotros mismos.

De este modo, una consecuencia, que debe tenerse en cuenta, de la dicotomía poder/saber es que el concepto de poder sobrepasa el discurso considerada como mera persuasión entre sujetos. Normalmente se reconoce el aspecto de poder que se ejerce entre actores estables con intereses dados en una situación retórica, y esto también lo podría asimilar una visión racionalista o mecanicista del funcionamiento de un sistema de «física» social y política. Pero lo importante es que el discurso supone una función de *crear* subjetividades que se encarnan como representaciones *poderosas* mediante las relaciones diferenciales del lenguaje.

(62) FOUCAULT: *La arqueología del saber*, págs. 182-184.

(63) FOUCAULT: *La arqueología del saber*, págs. 50-54.

(64) FOUCAULT: *La arqueología del saber*, págs. 79-81.

(65) FOUCAULT: *Power/Knowledge...*, págs. 131 y ss.

Este poder creativo en las relaciones sociales se realiza en la actividad que éstas suponen, y tal práctica incluye el lenguaje como pilar fundamental. El análisis Foucault lo hace basándose en cómo se ejercen estas actividades. Y el intento de los estudios de crear algún tipo de sistematización, a partir de cómo se permiten ciertos enunciados y se desplazan otros según una problemática expuesta como objeto de la investigación, no supone que la sistematización y sus categorías sean consideradas como bloques inmóviles o estructuras que se impondrían al discurso *desde fuera o desde abajo* y desde allí lo decidieran. Las reglas que se puede llegar a vislumbrar se interpretan en función de la posición del sujeto en relación a la esfera del objeto al cual hace referencia. Son condiciones que se interpretan del corpus de texto, a través de las interrogaciones hechas y del discurso que se analiza/produce.

El ordenamiento sistemático del lenguaje no es el último estado de una evolución ontológica u ontoteleológica, con poder y lenguaje involucrados, ni tampoco un sistema absoluto de categorización que se habría *des-cubierto*. El campo de investigación significa unas posibilidades y supuestos mucho más inspiradores que todo ello, siendo lo no nombrado el terreno del cual realmente se nutre esta ciencia. Pienso que esto es lo que nos señalan las siguientes palabras de Foucault, haciendo uso de una metáfora espacial que se ha puesto en movimiento: «Detrás de la fachada visible del sistema se supone la rica incertidumbre del desorden» (66).

VI. LA POLÍTICA ESTUDIADA COMO ACTIVIDADES ONTOLÓGICAS

Una parte importante de la política consiste en noticias que constantemente construyen y re-construyen problemas sociales, crisis, enemigos y líderes; produciéndose así un torrente sucesivo de amenazas y aseveraciones. Estas crean una base para un grán abanico de actividades y profesiones de análisis, como son el periodismo, estudios políticos de diferentes tipos, y además juegan un papel importante en el intento de ganar apoyo político. Esta última función frecuentemente se disfraza mediante el supuesto de que ciudadanos, periodistas, analistas, son observadores de *datos brutos*, cuyos significados pueden ser apreciados de *una Manera* correcta por los que están entrenados y motivados de *la Forma* adecuada.

La tesis de «essentially contested concepts» indica que el proceso de significación y contestación sobre unos conceptos no está cerrado. Pero en el fondo sostiene que es posible, y factible, un lugar intersubjetivo por fin estable, un *arché* ontológico, sobre el cual descansaría cualquier debate. Lo que ocurre, empero, es que una disolución de estas contestaciones, por el mero hecho de *apelar* a un criterio supuestamente neutralizador o eliminador de éstas, no es en realidad posible (67), siendo

(66) FOUCAULT: *La arqueología del saber*, pág. 126.

(67) Cf. WILLIAM E. CONNOLLY: *The Terms of Political Discourse*. Princeton University Press, Princeton, 1983, págs. 224 y ss. Para el origen de la tesis de «essentially contested concepts», véase, WILLIAM B. GALLIE: «Essentially Contested Concepts», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 56, 1956, págs. 167-198.

el mismo llamamiento una contestación que no un punto arquimédico. La concepción de contestabilidad, tal como la entendemos aquí, podría llegar a exponer la *práctica de definición conceptual*, del mismo modo que lo hace la intertextualidad en cuanto al contexto, pero no consigue realmente ver sus consecuencias.

Podemos arrojar otra luz sobre el saber político, entendiendo que lo que trata un debate político siempre se basa en afirmaciones sobre verdad y conocimientos, pero no sólo en el aspecto de posiciones explícitamente opuestas en cuanto a lo que es verdad sobre unos conceptos *determinados*, sino en una perspectiva sobre qué términos se debaten y cómo se hace. Es decir, los *qué* de un sistema de saber, como un particular discurso político, están fuertemente enredados con sus *cómo* de escribir/hablar (68). Por todo ello encuentro esclarecedor relacionar el término ontología con el de actividades. Es ésta una combinación de conceptos que normalmente se ve oscurecida por la visión estatizadora del lenguaje como representación y determinado por un todo cerrado.

Estos *cómo* discursivos constituyen relaciones de poder por el papel de verdad que adoptan para las personas que aceptan o participan en el discurso, y cuyo comportamiento se ve afectado por estas relaciones. Opiniones de un conflicto tienen a menudo el efecto de confirmar mutuamente sus existencias, lo cual es posible apreciar cuando se hace uso de un adversario para presentar una política como contraste a la de éste. Cuando un enemigo realmente hace daño hay una tendencia a intentar hacerlo desaparecer, pero cuando es una construcción que en mayor medida posibilita dotar de aliados y justificar una política, tiende a perdurar (69). En realidad, se trata de la problemática que indica que la construcción de diferencias es fundamental para una identidad política, pero que estos *otros* suponen, a la vez, una amenaza e imposibilidad para la existencia de identidades políticas y sociales *per se* fuertes, en el sentido de incuestionables (70).

El problema sobre el mundo *en sí* y las *actividades lingüísticas* que lo *construyen*, podría hacerse análogo a la cuestión que se refiere a las personas, la mente, los sujetos como contenedores de identidades unívocas, soberanas y totalmente independientes de cualquier proceso de interrelación e imposición. El racionalismo de la física social presupone unas identidades estables y apriorísticas, pero que en esta perspectiva constructivista no son posibles de conocer sin la interacción que las define y transforma (71).

(68) Cf. MICHAEL J. SHAPIRO: *The Politics of Representation*, University of Wisconsin Press, 1988, pág. 8.

(69) EDELMAN: *Constructing the Political Spectacle*, capítulo 4. Véase también la discusión sobre el «valor de la enmidad» en FRIEDRICH NIETZSCHE: *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid, 1991 [1889], págs. 55-56.

(70) Cf. WILLIAM E. CONNOLLY: *Identity/Difference. Democratic Negotiations of the Political Paradox*, Cornell University Press, Ithaca, 1991, pág. 67. Pienso que para este argumento es evidente la importancia de la idea *Différance* en Derrida, que hemos discutido anteriormente.

(71) Para otra discusión sobre identidades y práctica social, ver G. MCCALL & J. SIMMONS: *Identities and Interaction*, Free Press, New York, 1978 [1966].

Se nos abre la posibilidad de interrogar en los mecanismos que admiten articular unas subjetividades como si fueran dadas *a priori*, porque de este modo las identidades y el *yo* también están expuestos a las definiciones y re-definiciones discursivas. No sólo se nombra el mundo, unas personas más que otras, sino con ello también se construyen y re-construyen identidades a través de diferencias, determinando lo que nos es propio o ajeno y cuáles son *nuestros* intereses. Se establece de esta forma una dicotomía en la cual intereses e identidades son imprescindibles el uno para el otro y viceversa. En la perspectiva que estamos tratando, este aspecto de definir identidades para otros o sobre (nos)otros no es prepolítico o inexistente, sino que se subraya que desempeña unas funciones importantes y *poderosas en* la política.

Puesto que el discurso no simplemente *refleja* unas relaciones políticas, sino que las constituye, se trata de estudiar el lenguaje político y la política del lenguaje (72). Podemos describir estos mecanismos como intentos de inscripción ontológica, pero acentuando que se trata de *una práctica* y no de su resultado completo, y que la ontología que se constituye no llega a ser realmente tal, porque nunca es posible agotar las descripciones de la realidad social. El poder político no se practica fundamentalmente como una estructura formal jerárquica, tradicionalmente con alguna esencia del Estado en lo más alto, sino como poder que se ejerce en todas las relaciones entre agentes donde alguien influye en el comportamiento y en la construcción de *otros*. El Estado puede hacer uso de poder, pero tal como se define aquí va más allá de éste y su potencia jurídica. El Estado está lejos de ser capaz de ocupar toda la esfera de relaciones de poder, y además porque sólo actúa a partir de las ya existentes (73). El poder en las relaciones sociales crea verdad y se impone a los individuos de una manera importante. La obra tardía de Foucault nos sugiere que debemos, en lugar de lenguaje y significado, hablar de poder y verdad o poder y saber como conceptos interdependientes, haciendo así un quiasmo de esa dicotomía baconiana y kantiana.

Las situaciones de dominación simbólica son institucionalizadas y aparentemente estáticas en muchas cuestiones y, por tanto, difíciles de invertir de manera que nociones/verdades dominantes sean sustituidas por algo que no fuesen narraciones «grandes». Esta grandeza tiene parte de su cauce en las instituciones de la sociedad como productores de verdad, por ejemplo, los medios de comunicación, escuelas, universidades, instituciones políticas, empresas. No obstante, éstas no están solas, actuando conspiratoriamente en monolitos todopresentes, de modo que implantarían «desde arriba» las narraciones, sino que necesitan el poder en las redes de relaciones sociales, que a su vez están influidas por las instituciones (74).

(72) Estos quiasmos encontramos utilizados de modo parecido en CONNOLLY: *The Terms of Political Discourse*, por ejemplo, págs. 213 y ss.

(73) FOUCAULT: *Power/Knowledge*, pág. 122.

(74) Bourdieu sostiene un argumento parecido: «La oficialización es el proceso por el que el grupo (o quienes lo dominan) aprende y se oculta su propia verdad, aunándose mediante una profesión pública que legitime e impone lo que enuncia, definiendo tácitamente los límites de lo pensable y lo impensable.

No es necesario entender las instituciones políticas y otras «máquinas de sentido» privadas como sujetos conspiradores, que conscientemente utilizarían su posición para manipular la población para algún fin obscuro y malévolo. Lo que hacen es emplear los recursos accesibles para declarar opiniones y convencer de la racionalidad de sus acciones, una racionalidad que crea objetos y sujetos a partir de situaciones ambiguas. Su privilegio interpretativo hace que sus racionalizaciones sean consideradas «más racionales» que otras, en muchas situaciones donde no es posible verificar las acciones de esta manera, sino donde, más bien, se fundamentan en la autoridad que por tradición y costumbre se asigna a determinados símbolos y metáforas.

La voluntad de aceptar interpretaciones ajenas de hechos abstractos, lejanos de la vida cotidiana, produce legitimidad para tal autoridad. Esta voluntad es comprensible, entre otras cosas, por la ambigüedad de las acciones políticas y la referencia a fines y amenazas lejanos. Las acciones, frecuentemente, son disputadas y dotadas de una multitud de explicaciones. No obstante, hay que dotar de interpretaciones, y un gesto físico o verbal que toma la *forma* de respuesta a un problema hace posible la negociación de los grupos interesados según los recursos que tengan, y, desde luego: «ambiguous language is a sign and facilitator of bargaining» (75).

Además, podría ser considerada dudosa la definición de las instituciones como unidades formadas por individuos obrando de forma colectiva en sujetos monolíticos, pero es el mismo sostenerlas como actores unitarios lo que, por medio de metáforas, aporta fuerza a crear nociones sobre sujetos que actúan racionalmente. Estas unidades se describen frecuentemente como si fuesen *personas*, lo cual indica la forma en que una metáfora nos aporta maneras dadas de pensar sobre estos sujetos (76). El discurso de éstos produce una tendencia de autoconservación, y hay un lenguaje que funciona como un medio para ello, es decir, una práctica que crea y confirma su autoridad hablando de un actor diferenciado de otros.

Este tipo de actores ejemplifica bastante bien como pensamos en metáforas de un mundo que pre-constituimos, y sobre este aspecto muchos científicos sociales admiten estar de acuerdo, al menos *inicialmente* o *en el fondo*, aunque, a menudo, parece que olvidan dicha comprensión. De esta forma, los momentos y procesos de inscripción ontológica se reducen a ser aceptados sin ser objetos de investigación. A la larga no habrá nadie que pueda sostener seriamente que, por ejemplo, una nación tiene una conciencia o que actúa de la misma manera que una persona. Una respuesta frecuente a este tipo de crítica es que se trata de una aproximación que es posible permitirse hasta *cierto* punto, incluso en el lenguaje científico. Lo que ocurre es que los científicos sociales en realidad nunca escapan de estas imágenes que dan vida a

y contribuyendo así al mantenimiento del orden social del que extrae su poder.» BOURDIEU: *El sentido práctico*, pág. 183.

(75) EDELMAN: *Constructing the Political Spectacle*, pág. 25.

(76) Cf. G. LAKOFF y M. JOHNSON: *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra, Madrid, 1991 [1980], págs. 71-72.

los relatos sobre el mundo, y, por tanto, debería ser de interés cómo se construyen y utilizan. Por ello, procuremos observar cómo los procesos de poder, dolor, saber, son los que mantienen la *apariencia* de unidad, algo que ya nos enseñaba Nietzsche (77), y que ésta no simplemente viene *dada* de fuera o de dentro. Se trataría de poner en movimiento las metáforas que se han instalado de tal forma que dan la impresión de que existirían sin que las pensemos y utilicemos.

La instalación de relaciones de saber/poder, en el sentido foucaultiano, es inevitable, pero estas relaciones no son incambiables, puesto que no es posible agotar las descripciones de la realidad política y social, quedando siempre posibilidades de nuevas articulaciones e imposiciones. Se entiende que una dimensión importante de la política son los intentos de hacer *creer* que se posee la única llave de la interpretación correcta de la realidad. Pierre Bourdieu ha caracterizado bien este tipo de habla creativa:

«no se trata sólo de hacer, sino de hacer creer de inmediato, imponiendo simultáneamente una respuesta y una definición de la situación capaz de hacerla reconocer como única respuesta legítima» (78).

Estos discursos sirven frecuentemente para despolitizar y neutralizar significados que en realidad son susceptibles de continuas apariciones, transformaciones y desapariciones. Un ejemplo importante para este campo de investigación, como ya hemos venido insinuando, es entender que se trata de la *construcción* de identidades en metáforas que ilustran cuál y cómo es el interés y sus amenazas, es decir, las imágenes de otros, en vez de suponer sujetos trans-históricos u objetos atemporales en un escenario nacional e internacional dados.

Los intentos de hacer estática la (no) política, frecuentemente llevan a considerar que sería posible y deseable despolitizar toda la democracia en unas instituciones meramente administradoras de una justicia y un interés dados. Lo que ignoran estas posturas es la dimensión de *producción* de lo que son o deben ser los mismos sujetos/objetos súbditos y la misma noción de lo que son la justicia, el interés, la identidad, que según dichas posiciones han de ser inherentes, atemporales, unívocas o prepolíticas (79). Por el contrario, en la perspectiva que hemos desarrollado aquí, estudiar estas dimensiones supuestamente dadas no es realmente interrogar en la política del discurso, sino que para ello hay que centrarse en el aspecto activo que, como verbo, tiene ese *dar*.

Pienso que es posible vislumbrar la política en los sucesivos espacios, resultados de *movimientos* epistemológicos, ontológicos, éticos, y que esto puede hacer posible estudios que los toman en serio, en el sentido de contemplarlos como algo que no

(77) FRIEDRICH NIETZSCHE: *The Will to Power*, Random House, New York, 1967 [1906], par. 489.

(78) BOURDIEU: *El sentido práctico*, pág. 176.

(79) Cf. BONNIE HONIG: *Political Theory and the Displacement of Politics*, Cornell University Press, Ithaca, 1993, por ejemplo, págs. 6 y ss. La autora discute y critica sobre todo las escuelas neocontractualistas, neokantianas y comunitaristas en estos aspectos.

es dado, pues si estuviésemos dados, carecerían de interés. De esta forma se explica que un menester importante para la ciencia política y social puede ser el de estudiar cómo, a través de actos de diferenciación, se constituyen y re-constituyen el saber político mediante referencias claves, como son lo «Normal», la «Identidad», el «Interés», lo «Nacional», las «Estructuras»,...

Esto podemos hacerlo sacando provecho de estrategias de *deconstrucción*, que, en un momento dado, inviertan y expongan jerarquías simbólicas y dicotomías diferenciales, que permiten establecer ciertos discursos y sentidos (80). Utilizamos las posibilidades de señalar el excedente de significados de un discurso, para mostrar cómo el mismo contiene prácticas que minan las oposiciones de signos de las que depende. Se abre esa *apariencia* de unidad y se nos presentan unas actividades que la mantienen, gracias al olvido y a costa de las diferencias. Estas prácticas construyen y forman parte, de modo simultáneo, de la realidad política, y pretendo mantener que suponen un campo de investigación importante.

CONCLUSION

Como he venido indicando, se trata de inquirir en los enunciados, no principalmente en busca del grado de verdad como correspondencia en su comunicación *sobre cosas*, como *representación*, sino para estudiar su capacidad de *crear e implantar o imponer* sentido, valores o valoraciones en relaciones humanas, leyendo y escribiendo lo real como discurso. Considero que estas dimensiones de construcción y reconstrucción simbólica de la realidad sí forman parte del ámbito cognoscitivo, a diferencia de lo que piensa el positivismo lógico y sus representantes en las ciencias sociales, y que de hecho constituyen una parte muy importante de lo que aquí hemos procurado identificar como política. Con ello quiero sostener que el hecho de ignorar o descartar estas dimensiones de inscripción (cuasi) ontológica, supondría una pérdida aún más importante cuando nos movemos en el campo de la ciencia social y política.

Reconocer que hay muchas versiones de lo que es el mundo no tiene por qué significar ningún tipo de *laissez faire* o conformismo epistemológico, ontológico, ético o político. Por el contrario, acrecenta la importancia de estudiar los mecanismos normativos, o mejor dicho, *normativizantes*, que crean y separan las versiones correctas de las versiones erróneas, para aportar nuevas perspectivas sobre la idea de verdad, lo que hace con nosotros y nosotros con ella. Queramos o no, resulta que hemos de estar definiendo y redefiniendo, continuamente, el sentido de nuestras vidas, las formas de vivirlas y hemos de determinar sujetos y objetos, como la misma identidad política y social, que nunca permiten reducirse a *Unas*, escritas con ma-

(80) Cf. DERRIDA: *Posiciones*, págs. 54-55.

yúsculas en el tiempo y en el espacio, porque las mismas prácticas de definición de las que dependen amenazan con excederlas de modo continuo.

Todo esto son proyectos políticos que no se dejan resolver en el sentido de disolverse y desaparecer, neutralizados para todos y para siempre. Pienso que estos aspectos suponen cuestiones inexorables, agudas y necesarias, de las cuales no nos podemos librar. Sobre todo si queremos seguir hablando de la política y la democracia, que en realidad constituyen y construyen, a la vez y continuamente, el tema y la forma de tal diálogo.

BIBLIOGRAFIA

- ARISTÓTELES: *Retórica*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990.
- ASPLUND, JOHAN: *Essä om Gemeinschaft och Gesellschaft*, Bokförlaget Korpen, Stockholm, 1991.
- AUSTIN, JOHN L.: *How to do Things with Words*, Harvard University Press, Cambridge, 1975 [1962].
- BACHELARD, GASTON: *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, México D.F., 1990 [1938].
- BACHELARD, GASTON: *Études*, Vrin, Paris, 1970 [1931].
- BARTHES, ROLAND: *Mythologies*, Hill and Wang, New York, 1984 [1972].
- BENOT, EDUARDO: *Arquitectura de las lenguas*, Juan Muñoz Sánchez, Madrid, 1889.
- BERNSTEIN, RICHARD J.: *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics and Praxis*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1983.
- BORGES, JORGE LUIS: *Otras Inquisiciones*, Alianza, Madrid, 1989 [1960].
- BOURDIEU, PIERRE: *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991 [1980].
- BURKE, KENNETH: *A Rhetoric of Motives*, University of California Press, Berkeley, 1969 [1950].
- BUTTERFIELD, HERBERT: *The Whig Interpretation of History*, Penguin, Harmondsworth, 1973 [1931].
- CERTEAU, MICHEL DE: *The Writing of History*, Columbia University Press, New York, 1988 [1975].
- COLLINGWOOD, ROBIN G.: *Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1984 [1946].
- CONNOLLY, WILLIAM E.: *The Terms of Political Discourse*, Princeton University Press, Princeton, 1983.
- CONNOLLY, WILLIAM E.: *Identity\Difference: Democratic Negotiations of Political Paradox*, Cornell University Press, Ithaca, 1991.
- DERRIDA, JAQUES: *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*, Pre-textos, Valencia, 1985 [1967].
- DERRIDA, JAQUES: *Of Grammatology*, John Hopkins University Press, Baltimore and London, 1974 [1967].
- DERRIDA, JAQUES: *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid, 1989 [1972].
- DERRIDA, JAQUES: *Posiciones*, Pre-textos, Valencia, 1977 [1971].
- DILTHEY, WILHELM: *Introducción a las ciencias del espíritu*, Alianza, Madrid, 1986 [1883].
- EDELMAN, MURRAY: *Constructing the Political Spectacle*, The University of Chicago Press, Chicago, 1988.

- FEYERABEND, PAUL K.: *Against Method: Outline for an Anarchistic Theory of Knowledge*. Verso, London, 1980 [1970].
- FISKE, JOHN: *Introduction to Communication Studies*, Methuen, London, 1982.
- FOUCAULT, MICHEL: *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1985 [1969].
- FOUCAULT, MICHEL: «The Order of Discourse», in YOUNG, ROBERT: *Untying the Text*, Routledge and Keagan Paul, Boston, 1981 [1971].
- FOUCAULT, MICHEL: *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Pantheon, New York, 1980.
- GALLIE, WILLIAM B.: «Essentially Contested Concepts», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 1956, 56: págs. 167-198.
- GONZÁLEZ BEDOYA, JESÚS: *Tratado histórico de retórica filosófica*, Nájera, Madrid, 1990.
- GOODMAN, NELSON: *Maneras de hacer mundos*, Visor, Madrid, 1990 [1978].
- GUNNELL, JOHN G.: «Interpretation and the History of Political Theory: Apology and Epistemology», *American Political Science Review*, 1982, 76: págs. 317-327.
- HONIG, BONNIE: *Political Theory and the Displacement of Politics*, Cornell University Press, Ithaca, 1993.
- HORKHEIMER, MAX y ADORNO, THEODOR. W.: *Upplysningens dialektik*, Röda bokförlaget, Stockholm, 1981 [1944].
- KOSSELLECK, REINHART: *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos pasados*, Paidós, Barcelona, 1993 [1979].
- KUHN, THOMAS: *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago, 1962.
- LAKATOS, IMRE and MUSGRAVE, ALLAN (eds.): *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970.
- LAKOFF, G. and JOHNSON, M.: *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1991 [1980].
- MCCALL, GEORGE J. and SIMMONS, J.: *Identities and Interaction*, Free Press, New York, 1978 [1966].
- NIETZSCHE, FRIEDRICH: *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1992 [1887].
- NIETZSCHE, FRIEDRICH: *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid, 1991 [1889].
- NIETZSCHE, FRIEDRICH: *The Will to Power*, Random House, New York, 1967 [1906].
- RICOEUR, PAUL: *Freud: una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, Madrid, 1987 [1965].
- RORTY, RICHARD: *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1989 [1979].
- SAUSSURE, FERDINAND DE: *Curso de lingüística general*, Alianza, Madrid, 1991 [1906-1911].
- SEARLE, JOHN: *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.
- SHAPIRO, MICHAEL J.: *Language and Political Understanding*, Yale University Press, West Hanover, 1981.
- SHAPIRO, MICHAEL J.: *The Politics of Representation*, University of Wisconsin Press, Madison, 1988.
- SKINNER, QUENTIN: «Meaning and Understanding in the History of Ideas», en TULLY, J. & SKINNER, Q. (eds.): *Meaning and Context: Quentin Skinner and His Critics*, Basil Blackwell, London, 1988 [1969].
- VEYNE, PAUL: *Cómo se escribe la historia*, Alianza, Madrid, 1984 [1971].
- WHITE, HAYDEN: *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1973.
- WILLIAMS, RAYMOND: *Communications*, Penguin, London, 1968.

WINCH, PETER: *The Idea of a Social Science and Its Relation to Philosophy*. Routledge and Kegan Paul, London, 1958.

WITTGENSTEIN, LUDWIG: *Investigaciones filosóficas*. Critica, Barcelona, 1988 [1953].

WITTGENSTEIN, LUDWIG: *Tractatus Logico-Philosophicus*. The Humanities Press, New York, 1922 [1921].